

La pandemia como disrupción social y su impacto en la escuela

Notas para una reflexión desde la psicología social

Marcos Santillán Ferreri
Presidente de Fundación Universitaria

El aislamiento social, la ausencia de uniformes, de filas para el izamiento de banderas, la labor colaborativa mediada por tecnologías, el hogar convertido en aula y la mutación de la materialidad, son algunos de los cambios a los que nos enfrentó el virus.

Desde finales del siglo XIX, al ritmo que se consolidaban los estados nación, las escuelas fueron erigiéndose como instituciones troncales para la vida de las sociedades. Desde entonces, estructuralmente no se alteró ninguno de los rasgos vertebrales, a pesar de la evolución de las tecnologías de la información y la comunicación, la aparición de entornos virtuales de aprendizaje, los avances científicos y los movimientos sociales, políticos y culturales que comenzaron a impulsar verdaderas revoluciones en materia de diversidad, género y feminismo, por nombrar solo algunos.

Aquella institución inalterada en el paso de los siglos continuó replicando los viejos paradigmas pedagógicos enciclopedistas, al compás de una organicidad institucional invadida por fuertes cargas simbólicas que operan adoctrinamientos militarizados y desubjetivantes.

La pandemia del COVID-19 nos está enfrentando al desalojo de los marcos teóricos y empíricos sobre los que se edificaron los conceptos de institución escolar, rol, función, evaluación y lo más importante, la construcción del conocimiento y la cultura.

En este tiempo histórico, pensar la disrupción social de la pandemia puede significar una posibilidad de interpelación y cuestionamiento a esas categorías por momentos obsoletas, con una mirada urgente sobre la potencia de las vincularidades a través de la tarea educativa.

En este escenario hostil que implicó el confinamiento obligatorio y el rediseño rudimentario de las estrategias didácticas, nos enfrentamos a la difícil, pero necesaria tarea, de asociar lo disociado. La necesidad imperiosa de emular la materialidad que implica la presenciabilidad de los vínculos en las instituciones; y a su vez nos demanda desde una ética política, a retomar las lecturas de los cuerpos teóricos derivados de las praxis.

En tal sentido, la obra de Enrique Pichon Rivière, introductor del psicoanálisis en la Argentina y padre la psicología social, vuelve a ser un camino de potencia para hacer frente a los desafíos de ésta época. La particularidad de la obra pichoniana es precisamente, que sus cuerpos teóricos son construidos como consecuencia de la praxis en el terreno y el trabajo de campo en el entramado social.

A diferencia de otras disciplinas, que primero generaron sus cuerpos teóricos y luego fueron operados en la praxis, el desarrollo de la psicología social de Pichon Rivière es un camino inverso construido sobre la acción con perspectiva transformadora sobre la realidad, que a posterior se protocolizó en teoría y contenido académico.

En el grupo operativo y a través de la tarea, lo múltiple, lo diverso y disidente puede integrarse en una síntesis multifacética que cuestiona y enriquece a cada uno de los miembros que conforman ese grupo, que toman color en su heterogeneidad, arrojando luz acerca de la complejidad de lo real. En ese proceso de trabajo de inclusión y tolerancia a las diferencias, la relación educativa se muestra en toda la complejidad de sus aspectos y determinaciones, haciéndose progresivamente más concreto.

No es posible operar la tarea pedagógica y didáctica sin la permeabilidad que requiere el entendimiento de lo heterogéneo como posibilidad de construcciones colectivas más justas y equitativas; contemplando las particularidades de cada miembro del grupo y posibilitando, a su vez, una atención a la singularidad.

Probablemente lo que escribimos y narramos en pandemia, difiera mucho de lo que vayamos a escribir en la pospandemia. No se trata aquí de hacer un ejercicio contra fáctico inútil. Más bien la propuesta es pensar en los muchos modelos de *hacer escuela*, acompañando la trayectoria subjetiva desde un concepto pichoniano: el enseñaje. Pichon Rivière definió al proceso de enseñaje como la articulación entre la enseñanza y el aprendizaje. Sostenía que el que enseña no sabe todo y el que aprende no ignora todo, también sabe. El conocimiento es, para Pichon Rivière, un saber inacabado. El objeto de conocimiento está abierto.

La pandemia, el confinamiento social, la puesta en exponencial evidencia acerca de las problemáticas como la brecha digital, la pobreza, la falta de acceso y la travesía educativa en un terreno hostil, puede ser el tiempo preciso para retomar estos conceptos; entendiendo que al final de cuenta la tarea de los educadores y las educadoras será nodal en el acompañamiento a las narrativas que niños, niñas y adolescentes elaboren sobre esta época devastadora.

Para finalizar, el desafío no deberá consistir en la obsesión por reconstruir la escuela que conocíamos, y que desde antes de la pandemia mostraba sus déficits y desigualdades, sino pensar en cómo sostener la experiencia educativa, que sirva de continente para las presencias heterogéneas y diversas que habitaban la escuela, y que aún no habitándola físicamente, evidenciaron el poder de la educación para la vida de los pueblos en todo el planeta.

Buenos Aires, 16 de junio de 2021